

GRIFFIN, Clive. *Oficiales de imprenta, herejía e Inquisición en la España del siglo XVI*. Madrid: Ollero y Ramos, 2009, 422 pp., ilustr.

En la Europa de la temprana Edad Moderna, pocos inventos fueron tan celebrados por gobernantes, miembros del clero y hombres de letras como la imprenta. Tal entusiasmo se explica, en parte, por el descubrimiento del enorme potencial que ofrecía la reproducción mecánica de los textos para la difusión del conocimiento, el intercambio de ideas y la propaganda política y religiosa. Pero no pasó mucho tiempo para que se levantaran voces de alerta acerca del uso peligroso que podía también hacerse del nuevo invento. La imprenta era, en potencia, un medio capaz de difundir el error doctrinal y, en consecuencia, crear el caos y la disidencia en la sociedad cristiana. De allí que, a fines del siglo XV, se dictaran medidas para supervisar el trabajo de los talleres tipográficos: había nacido la censura. Los impresores no estuvieron ajenos a esta situación, ya que, en tanto artesanos especializados, podían ser empleados por los enemigos de los poderes constituidos. Por tal razón, fueron también objeto de vigilancia por parte de las autoridades, siempre cautelosas de su accionar y, sobre todo, de sus creencias.

La bibliografía sobre la Inquisición parece no tener fin. Año tras año, nuevos títulos y artículos aparecen sobre los más diversos temas relacionados con el quehacer del Santo Oficio. Sin embargo, no se había prestado la atención debida a los expedientes inquisitoriales como fuente para el estudio social de la imprenta en la España del siglo XVI. El libro objeto de esta reseña, cuyo autor es Clive Griffin, reconocida autoridad en la historia de la imprenta hispánica, llena un vacío importante tanto en la historiografía de la célebre institución como en la dedicada a la cultura española, ya que reconstruye —a partir del examen de un importante corpus de documentación del Santo Oficio— la vida, la personalidad y el destino de un grupo de oficiales de imprenta franceses procesados por la Inquisición de Toledo en las décadas de 1560 y 1570, a la vez que ilustra el mundo social de la producción de libros en España.

El Santo Oficio solía tomarse su tiempo para actuar. Acumulaba con cuidado y cautela las evidencias incriminatorias antes de proceder a la

detención de un sospechoso. La delación de este último daba origen a otra denuncia y así sucesivamente, generando lo que algún historiador ha dado en llamar el efecto de la «bola de nieve». En este fascinante libro, Griffin cuenta el inicio de la campaña contra los mencionados oficiales franceses de imprenta. En el otoño de 1569, dos de ellos habían sido encarcelados por el Tribunal. El primero, Benito Dulcet, era fundidor de tipos y natural de Lyon; a él se le había encontrado en posesión de un libro protestante de bolsillo. En octubre de ese año, compareció ante los inquisidores de Barcelona y acusó a unos compañeros de imprenta de compartir sus simpatías por la religión reformada. El segundo, un parisino llamado Guillermo Herlin, fue interrogado en la cárcel del Santo Oficio en Toledo. Herlin era cajista y había sido detenido en Alcalá de Henares. A pesar de la distancia, ambos personajes se conocían. Herlin fue presionado para denunciar a un gran número de artesanos, compañeros de la industria tipográfica, tanto en España como en el extranjero. En sus confesiones, manifestó que muchos de ellos compartían su fe en la «herejía luterana». Entre los denunciados, mencionó a Dulcet. Estas detenciones fueron el punto de partida de una intensa campaña que involucró a la comunidad de trabajadores inmigrantes que conformaban la mano de obra de no pocas imprentas en la Península Ibérica.

¿Cómo entender históricamente la acción inquisitorial contra los artesanos franceses? Según Griffin, se desconfiaba de los galos por considerárseles potencialmente herejes, ya que provenían de un país que no solo era escenario de una sangrienta guerra de religión que enfrentaba a católicos y hugonotes, sino que además era la cuna de estos últimos. Del recelo existente hacia los emigrantes procedentes del norte es ilustrativo el testimonio de un inquisidor, quien, al procesar a un impresor francés, dijo: «no es posible que habiendo contratado con tantas personas en tierras dañadas, dexasse de pegársele algo» (p. 130).

Asombra que, a pesar del peligro que suponía para ellos la acción inquisitorial al sur de los Pirineos, los artesanos franceses se internasen en tierras castellanas y catalanas. Dos móviles poderosos los llevaron a hacerlo: la búsqueda de trabajo y mejores salarios, y el clima de inestabilidad reinante en Francia. En su mayoría, eran jóvenes, solteros

e itinerantes. Al parecer, era una práctica común entre ellos ir de un trabajo a otro dentro de su país, de modo que pasar un tiempo en España pudo haber sido para algunos una simple extensión de esa costumbre. También los documentos inquisitoriales —sostiene Griffin— sugieren que la ausencia de gremios o restricciones laborales en la industria española pudo ser otro poderoso aliciente para emigrar. En Francia, los *compagnons-imprimeurs* (operadores de imprenta calificados) eran reacios a permitir que trabajadores no calificados se incorporaran al mercado laboral, ya que ello podía traer competencia y abaratamiento de la mano de obra.

En España, los franceses se conocían los unos a los otros, bien personalmente, bien de oídas. Las noticias y los rumores circulaban entre ellos de manera oral y escrita. Fueron precisamente estas circunstancias las que favorecieron enormemente la acción del Tribunal. Este hizo uso de dicha red para localizar a los sospechosos: no tenía más que enviar a un representante a cualquier imprenta para interrogar y, con ello, recoger abundante información de su interés. Esto fue así porque los maestros-impresores y sus oficiales conocían el paradero de todos sus empleados y el de cualquier compañero de trabajo, o al menos conocían a alguien que los sabía.

Los papeles de la Inquisición consultados por Griffin también permiten conocer la cultura religiosa de los procesados. Sus opiniones de este tipo provenían de los sermones que habían escuchado en las poblaciones reformadas fuera de España, de las conversaciones con compañeros del gremio o de oír a los autores y estudiantes con quienes coincidían de vez en cuando en los talleres de impresión. De acuerdo con el autor, lo que sabemos con respecto a sus lecturas indica que interpretaban lo que leían a la luz de las ideas que escuchaban o como producto de su experiencia personal. En suma, su cultura fue sobre todo oral.

Este nuevo libro de Clive Griffin es más que un estudio sobre el mundo social de los impresores franceses: es una fuente inestimable de información acerca del proceder de la Inquisición. Gracias al autor, conocemos los intereses, las preocupaciones y los temores de aquellos hombres que marcharon a España en busca de un mejor porvenir y que

terminaron siendo procesados por el Santo Oficio; como también nos adentramos en los talleres de impresión de mediados del siglo XVI para conocer su funcionamiento y organización internos. Por ello, celebramos su aparición y recomendamos vivamente su lectura.

PEDRO M. GUIBOVICH PÉREZ  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*

**RAMOS, Gabriela.** *Death and Conversion in the Andes: Lima and Cuzco, 1532-1670.* Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2010, 368 pp., mapas, ilustr.

Hay mucho que resaltar en este nuevo y buen estudio de Gabriela Ramos. La tesis de la autora es que en el «largo siglo» que siguió a la invasión española, los indígenas de los Andes fueron convertidos al catolicismo principalmente por medio de su participación en prácticas funerarias y entierros cristianos, que introdujeron nuevos tipos de colectividades relacionadas con iglesias, confraternidades, santos y enseñanzas españolas sobre la «buena muerte», en reemplazo de aquellas relacionadas previamente con el culto andino a los ancestros. La autora reconoce que fue una conversión forzada, bajo la dura mano del colonialismo, pero que aún así ello «permeó profundamente las vidas de los pobladores indígenas y las transformó completamente» (p. 1). Si bien Ramos define la conversión como un «proceso múltiple, prolongado y no lineal» (p. 2), su estudio deja pocas dudas de su convencimiento de que las conversiones fueron sinceras y la devoción cristiana, genuina. La tesis de la autora se basa en el análisis de alrededor de quinientos testamentos escritos tanto en Lima como en el Cuzco, casi todos posteriores a la transformación de la sociedad andina llevada a cabo por el virrey Francisco de Toledo. En mi opinión, la novedad que aporta Ramos es haber tomado en serio las prácticas y creencias cristianas de los pobladores andinos. La autora difiere de otros investigadores en que ella rechaza retratar la conversión